

DAMIÁN BAYÓN

PENSAR
CON LOS OJOS

Ensayos de arte latinoamericano



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

deitara complementos.

EL CÓMO, EL CUÁNDO Y EL PORQUÉ*

LEYENDO la noticia biográfica se descubren las etapas de mi formación que, lo menos que puede decirse, ha sido ecléctica en grado sumo. Estudios, viajes, lecturas, fotos, recuerdos, reflexión, escritura constituyen los principales hitos de esa aventura por los países, el arte y la gente. Conste que no he pretendido enumerar esas experiencias en orden cronológico. A veces ha llegado antes el viaje que el estudio; las fotos después de la reflexión o previas a las lecturas.

Confieso haber sido *dilettante*, aunque espero haberme corregido; profesor varias veces —y en distintos idiomas— para dejar de serlo cada vez con alivio y con pena; investigador desordenado pero tenaz; fotógrafo de afición; viajero impenitente; funcionario apenas. Libre siempre.

Al releer lo hasta aquí escrito, descubro que puedo dar la falsa impresión de no haber sido sino una especie de magnate de esos que viajan por el mundo coleccionando “estremecimientos nuevos”. Vaya por lo de los estremecimientos, pero han sido los de un “Ulises en tercera clase”, como me llamó una vez una escritora italiana. Mis infinitos viajes europeos y latinoamericanos han quedado así bajo el signo de la digna estrechez. Mientras hubo tercera en barcos y trenes ése fue mi sistema de traslación en el espacio. Conste que no lo digo ni para dar lástima ni por hacerme la víctima: se trata de quedar en claro con el lector, sobre todo con los jóvenes que podrían malinterpretarme.

Más tarde en mi vida, llegó el auto modesto que constituyó, entonces, mi medio habitual y favorito de transporte, adoptado por lo práctico y lo “inteligente”. Hoy, como cualquier hijo de vecino, me desplazo en avión, en tren, en auto. Y es sobre todo de este último del que quisiera ahora hacer el elogio como instrumento de conocimiento y de cultura. Porque es justamente el automóvil —el coche, el carro, según donde uno escriba— el que me ha permitido enhebrar tantos millares de kilómetros como tengo en mi haber. Así he podido aproximar entre sí obras, influencias o, por el contrario, oponer monumentos perfectamente contemporáneos existentes en la misma región y a los que tene-

*Prólogo a la edición colombiana.

mos tendencias a ordenar de modo cronológico, siguiendo la natural pereza de la mente que piensa por esquemas.

Reconozco además haber sido lo bastante dichoso —yo lo he buscado, que conste— al viajar con amigos de rara inteligencia y agudeza como Pierre Francastel o Francisco Ayala; y confieso mi habilidad para preguntarles, casi como un niño impertinente, todo lo que a mí mismo se me cruzaba por la cabeza en esos momentos inolvidables. He "entrevistado" así, casi sin proponérmelo, a algunos de los más brillantes espíritus con los que creo haberme topado en mi ya larga vida.

He hecho el elogio de una máquina, viene ahora el de otra: el aparato fotográfico. Los historiadores del arte nos dividimos en dos clases: los "fotógrafos" y los que no lo son. Como podríamos también dividirnos entre los que manejamos automóviles y los que nunca han podido o querido hacerlo. Para mí la diferencia es flagrante y plantea el problema del exceso de "intelectualidad", de "cerebralización" que los historiadores o críticos de gabinete a veces plantean.

Conozco especialistas en arte —y no de los menores— que sienten confesado horror por el paisaje, a quienes no les interesan los árboles, las flores, y lo que es más grave aún: la gente en general. Es lógico que esos seres viajen de noche en coches-cama, que vayan de museo en museo, o de libro en libro.

El auto obliga a entrar en contacto con el mundo exterior, asumirlo. Uno se pierde, pregunta, descubre, se integra. Con la máquina fotográfica pasa algo parecido: en el momento de disparar cada instantánea un vínculo se establece entre las cosas y nosotros. El registro mecánico demuestra a la larga ser más espiritual y duradero que gritos y exclamaciones. A las palabras se las lleva el viento; la imagen, buena o mala: queda. Y es precisamente porque queda, como yo recuerdo y considero haber vivido cien veces, mil, más que el historiador-crítico antiautomovilístico y antifotográfico por definición. Las clases se dan luego con base en las diapositivas en colores; los artículos y los libros se escriben manejando un arsenal gráfico, nunca lo bastante abundante o detallado para la avidez del exacto investigador.

Ahora que está de moda hablar de las máquinas como "alienantes", he aquí mi elogio desmedido de dos de ellas que literalmente me han hecho tal como soy. Dos máquinas (la de escribir podría ser una tercera) que perfeccionan nuestra humanidad, y valga la paradoja. Si agrego ahora que casi siempre viajo solo (el diálogo superficializa salvo si uno tiene por compañía a un ser excepcional), y que siempre llevo conmigo un cuaderno de notas a mano, un *pense-bête* donde todo queda registrado de manera

por demás informal, habré más o menos dado las pistas de estos "viajes por el arte".

Aclaro, sin rubor, que además compro postales (poseo una impresionante colección-archivo), subo a los campanarios, bajo a las criptas, en una palabra: hago todo lo que el turista normal hace, con la diferencia de que trato de hacerlo de manera personal. Agotando con originalidad los aspectos intelectuales y sensibles que cada caso ofrece. Algunos *snoobs* —conozco también a muchos— se jactan de no haber subido a la Torre Eiffel o a la de Pisa, de no haberse trepado a la Giralda o a la Gran Pirámide. Si se cansan por viejos o por enfermos los comprendo y los justifico; si sólo actúan así porque consideran que esas son cosas para el pueblo, me río de ellos implacablemente en su propia cara. Sus opiniones serán siempre de gabinete, sus escritos de biblioteca, sus documentos olerán a polvorientos y a rancios, sin vida. Por eso me siento mucho más cerca de hombres como el escritor-aviador Saint-Exupéry, de un novelista dado al deporte como Camus, que de cualquier rata de archivo de las que corren aún por el mundo.

Es éste pues un libro distinto dentro de los otros míos, ya que fue escrito no de un tirón ni queriendo demostrar una tesis concreta, sino en infinidad de circunstancias diferentes a lo largo de muchos años. Cada vez que me aproximé a un maestro, a un monumento, a un paisaje cultural lo hice con admiración, con curiosidad, con desconfianza ante el juicio ajeno. Y, muy a menudo debo confesar, con todos esos sentimientos contradictorios mezclados.

Pronto me convencí, sin embargo, de que si no me obligaba yo mismo a reflexionar por escrito sobre lo mismo que experimentaba, corría el riesgo no sólo de olvidarlo sino lo que es peor: de no vivirlo plenamente, que es la única manera de integrarlo a la carne propia. Mi receta es y ha sido siempre, a la fuerza, muy otra de la simple actitud hedonística. Puesto que mi vida ha estado —para bien y para mal— indisolublemente atada al arte, hace mucho que opté por tener con él una relación doble: contemplativa pero también activa.

Ante todo puede decirse que he leído extensamente antes de acercarme a las obras. He viajado también con intensidad en condiciones a veces bastante precarias, pero siempre tomando fotos y escribiendo en mi sempiterno cuaderno de notas. Una vez integrada la obra en mí, y en general cuando me decido a escribir sobre ella, vuelvo a leer sobre el tema, a menudo todo lo que encuentro en una bibliografía. Es decir, practico lo que los franceses llaman la *lectura en diagonal*, es decir una lectura intencionada

buscando las ideas que me interesan: para adherir a ellas o para tratar de refutarlas. De más está decir que en el último episodio de la cadena: el hecho material de escribir el artículo, trato de no perder de vista la emoción inicial y, en ese sentido, las notas tomadas *in situ* se revelan absolutamente indispensables.

Por eso —y lo digo sin ninguna pretensión— cada texto de los que aquí figuran debe ser leído no sólo como la crónica de un placer experimentado por mí en un momento del tiempo, sino más bien, y más que nada, como el planteamiento de algún problema o de algún enigma cultural. Es decir: la historia del arte como pregunta, sí, pero también como evaluación permanente de las obras, por estables y fijas que parezcan.

Mi acercamiento no ha querido ser pues nunca puramente literario, cosa de la que tengo un santo horror. Ni tampoco pretende constituir la "traducción" —por otra parte imposible— de un cuadro o de una iglesia en términos felices o bien sonantes. Aunque eso no quiera decir ni mucho menos que desprecie el aspecto formal de la prosa, por el contrario, trato de que ella resulte original en la calificación, si bien para ello tengo que recurrir a imágenes no frecuentes en que uso de la comparación con las actividades contemporáneas —las técnicas por ejemplo—: en una palabra, de todo lo que suponga "estar en el mundo" actual, del que no reniego.

Para decirlo un tanto bruscamente, considero que en Latinoamérica hay mucha gente que piensa bien pero que escribe mal. O de manera desmañada, poco ágil o, lo que es peor aún, con fórmulas presuntuosas y oscuras. Es cierto que, como compensación, padecemos también de los simétricos opuestos: aquellos que escriben bien... pero que no tienen nada que decir. O casi nada. Sus largas disquisiciones en estilo florido se pierden en nebulosas de adjetivos vagos sin un sólo término concreto al que poder aferrarse. Cuando llega el momento de la verdad se encuentra uno apenas con un rastro de polen en los dedos.

Refiriéndome ahora concretamente a los artículos que componen esta autoantología, diré que en general ellos representan un nivel medio dentro de mi producción: no son ni los largos textos llenos de notas que publican las revistas especializadas, ni los simples croquis breves, de tipo impresionista, que también he escrito durante años para algunos diarios y revistas. Los trabajos que van a continuación aparecieron todos entre 1958 y 1981 (la fecha que llevan es la de la redacción). Todos ellos, sin que haya excepción alguna, fueron escritos para publicaciones culturales o para suplementos literarios de jerarquía.

Mi objetivo —quiero decir ante mí mismo— cuando compuse

esos artículos fue siempre el de escribir para un *lector culto no especializado*, sin caer en pedanterías en las que no creo, y tratando de resultar lo más claro posible, no llegando por eso tampoco a la temible "divulgación", una de las modernas plagas entre los que pretenden difundir la cultura.

A pesar de que no me corresponde a mí juzgar del valor de lo que escribo, dos puntos —éticos más que estéticos— creo tener a mi favor. El primero es que nunca he fingido mis apreciaciones, positivas o negativas. El conjunto de lo escrito por mí posee, por lo tanto y necesariamente, *unidad de opinión*, o al menos coherencia a través de los años. Y segundo: desde que empecé a escribir artículos o ensayos, juré no hacerlo nunca como puro desahogo a mi sensibilidad. Para lo cual he tenido siempre el refugio de la poesía, de mi propia poesía, como puerta de escape. Por eso, cuando afronto un nuevo tema, por más inocente o conocido que sea, siempre me comprometo conmigo mismo a plantear problemas, transmitir ideas: ajenas o propias, tradicionales o polémicas. Y, como cito abundantemente a mis autores, para corroborarlos o combatirlos, el lector tiene la ventaja de que si no aprecia mi texto le queda al menos el consuelo de la bibliografía. En ese sentido sí me siento muy orgulloso: mi bibliografía es excelente; y ya se sabe que en el campo de la cultura quien posee una buena bibliografía puede decirse que tiene prácticamente el mundo en sus manos.

Insisto pues, no se trata aquí meramente de "impresiones" sino más bien de "planteos", que rebasan casi siempre lo artístico para remontarse al más vasto campo de la cultura general. Con lo cual queda también dicho que intento trascender los acontecimientos —fechas, monumentos o la simple exaltación del artista como héroe— y me aplico a enfocar el arte como un fenómeno particular en la más extensa historia de las ideas. Ya que estoy persuadido de que el arte es un testimonio irrecusable, con los mismos títulos que la filosofía, la literatura o cualquiera de las llamadas ciencias humanas.

Hay críticos superficiales que sólo se interesan por un inédito documento de archivo. Esos mismos críticos permanecen insensibles cuando el autor —en este caso yo mismo—, apoyándose en su cultura y en su propia experiencia, trata de "leer" directamente y sin intermediarios las obras de arte que han dejado los siglos o que se siguen creando hoy ante nuestros ojos.

Para mí este tipo de autor-testigo —y prosigo aquí mi auto-defensa— es al menos tan necesario como el otro: el autor libresco. Habrá siempre —pues se trata de una vocación inalienable— eruditos que pretendan saberlo todo o descifrarlo todo

a partir de la rara pieza de archivo. Esos ingenuos se fían sólo de la prueba escrita (aunque a veces demuestre ser apócrifa), mientras permanecen obstinadamente insensibles ante los cuadros, las imágenes, las iglesias creadas por la mano del hombre pero que esos mismos miopes son incapaces de "ver".

Es precisamente a esas fuentes directas adonde he querido ir yo a beber, no sólo para regodearme como un egoísta con mi pequeño descubrimiento, sino para tratar con toda objetividad de entender mejor un momento del devenir. Amigos tengo, muy entrañables y sensibles que, sin embargo, nunca han comprendido que meditar sobre la obra de arte y su inserción en la más amplia historia de las mentalidades, puede constituir en sí una disciplina fascinante y que se justifica a sí misma. A decir verdad, acercarse a los monumentos, estudiarlos, discutirlos me produce tanto placer —aunque de otra índole— como el de contemplar la obra de arte aislada y en todo su esplendor. Para mí, no obstante, esa obra que me deleita siempre quiere *además* decir algo, algo transmite, señala hacia algo que no se agota en el simple placer de la contemplación, por apasionada que ella sea.

En el momento de acercarme al punto final reconozco que la fortuna que más podría complacerme para mi libro (uno sabe cómo y por qué los escribe pero ignora cuándo y quién los lee) sería el de que cayera en manos de algún joven con inquietud de saber, de pensar, de juzgar y, sobre todo, de viajar. Quizá resulte interesante para ese hipotético lector joven que postulo, ver que piensa "uno de nosotros", un latinoamericano contemporáneo (ni un extranjero ni un autor antiguo), de problemas tan vastos y dispares como de los que aquí se trata.

Para terminar: agradezco a Procultura este generoso ofrecimiento que, hace apenas unas semanas yo ni siquiera sospechaba. Ofrecimiento que me da hoy la oportunidad de lograr —casi por generación espontánea— un extenso público que yo, de otro modo, no habría posiblemente nunca alcanzado.

Si el título expresa bien lo que deseo, *Pensar con los ojos* será la reivindicación de dos de nuestras más admirables prerrogativas humanas: la de ver y la de meditar sobre lo contemplado.

París, mayo de 1982

PRIMERA PARTE